



Lección 7: La contaminación es eclipsada por la dedicación

1ª Pedro 2:1-3

“Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor.”

Contaminantes

En la cultura judía del primer siglo, había una tonelada de enfoque en las cosas que contaminan. No era que la gente tuviera fobia a los gérmenes. No era que las nociones de higiene personal fueran para la protección de la salud física, sino que la gente se preocupaba por la “pureza” porque simbolizaba la pureza espiritual. Los sacerdotes israelitas tenían que “poder discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio, y para enseñar a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová les ha dicho por medio de Moisés” (Levítico 10:10-11).

A ese fin, las leyes de pureza eran extensas y tenían implicaciones sobre la comida que se podía comer (Levítico 11), cómo manejar los partos (Levítico 12), cómo interactuar con los enfermos (Levítico 13-14), cómo disponer de los flujos corporales (Levítico 15), y cómo manejar los cadáveres humanos (Números 19). Claro que algunas formas de impureza eran inevitables en la vida del día a día y no se consideraban pecaminosas en sí mismas (por ejemplo, al morir una persona, el cadáver se tenía que tocar para poderlo enterrar). Pero el reconocimiento de estas cosas como formas de impureza aún requería una purificación simbólica que ponía en primer plano la conciencia de la gente sobre su necesidad de un Salvador (nuestra permanente purificación espiritual).

Hacemos un avance rápido a lo que dijo Pedro sobre la pureza en términos de obediencia y amor: “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1ª Pedro 1:22). A continuación, pasa a citar una breve lista de cosas que contaminan ese amor: “Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones” (1ª Pedro 2:1). Estas cosas hacen descarrilar el amor que comparten los creyentes en una comunidad de fe, convirtiéndolos en una cosa peor que las enfermedades físicas que la gente intentaba evitar porque estos males amenazan lo que debería ser la nueva vida en Jesús.

Debería ser buena.





PREGUNTAS



1. Los primeros seguidores de Jesús comprendían la importancia de pertenecer a una comunidad amorosa y “desechar” contaminantes que amenazaran a esa comunidad. ¿De los ejemplos de Pedro, cuál te cuesta más desechar (malicia, engaño, hipocresía, envidias, murmuraciones)? ¿Con qué otros ejemplos luchas que Pedro no menciona aquí?

Luz desinfectante (2ª Corintios 4:2)

Jesús vino a salvarnos de la contaminación del pecado; eso es cierto 100%. Pero también vino a salvarnos para obtener una nueva vida en Él que ofrece una relación restaurada con Dios Padre y una comunidad dentro de Su familia de creyentes. Claro que, sin Jesús, el pecado se interpone entre nosotros y Dios – una frontera infranqueable que lanza una larga sombra de oscuridad y muerte. A ese fin, nos mantiene aislados de nuestro amoroso Padre, y también de otros creyentes, porque (entre los otros contaminantes del pecado en nuestras vidas) nos esforzamos por esconder las cosas que no queremos que nadie vea.

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

Como seguidores de Jesús y por el amor de Dios, entramos a “la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2ª Corintios 4:4). Y esa luz desinfecta, porque lo que contaminaba nuestros corazones junto con nuestras relaciones personales es **(a)** iluminado por el Espíritu Santo a través de la convicción del pecado (Juan 16:7-11), **(b)** perdonado cuando confesamos (1ª Juan 1:9-10), **(c)** resistido con la fortaleza y dominio propio que Él provee (2ª Timoteo 1:7), y **(d)** transformado con el apoyo y la responsabilidad de nuestros hermanos y hermanas en Cristo (Gálatas 6:1-2).

Hemos sido perdonados y hechos puros por Jesús. No queda nada que esconder. Podemos ser transparentes, honestos y auténticos con otros en cuanto a nuestras victorias al igual que en nuestras luchas continuas porque hemos sido perdonados y aceptados por Dios en Su comunidad.

Y por eso ya es hora de crecer.





PREGUNTAS



2. ¿Por qué es importante que seamos parte de una comunidad de creyentes? ¿Qué te impide confiarte a los seguidores de Jesús a tu alrededor? ¿Qué es lo que tiene que cambiar para que te apoyes más en esas relaciones?

Gustad y ved (Salmos 34:8)

Creer en Dios y en lo que dice sobre el pecado significa que renunciamos a lo que a Él le parece vergonzoso y engañoso. También significa que abrazamos nuestra vida en Cristo juntamente con las cosas que Él dice que son buenas; cosas como la autenticidad dentro de nuestras comunidades, dadas por Dios, y el “fruto” que Él está produciendo en nuestros corazones.

Pedro animaba a sus lectores a crecer en fe convirtiéndose en bebés. Claro que no quería que los cristianos se comportaran como niños, sino que fueran como niños. Mejor dicho, que fueran como niños que quieren crecer. “Desead como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1ª Pedro 2:2). Y la Palabra de Dios que da vida, que sostiene la vida, es la fuente de esa leche pura espiritual. Así es, leer, escuchar y estudiar la Biblia proporciona nuestro crecimiento en la fe.

¡Cuidado! El crecimiento espiritual se refiere a dirección, no a perfección. Porque aun cuando estamos de acuerdo con Dios en cuanto a nuestro pecado, sigue siendo una lucha a este lado de la eternidad. Como dijo Pablo:

“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.” (Romanos 7:18-25)

Como Pedro (y Pablo que escribió el libro de Romanos en el Nuevo Testamento) tenemos que, repetidamente, elegir apartarnos de los contaminantes. Y tenemos que abrazar el crecimiento espiritual por la bondad de Dios con nosotros. De hecho, el discípulo les indicaba a sus lectores que desearan el crecimiento, ya que “habéis gustado la benignidad del Señor” (1ª Pedro 2:3).





Tener la experiencia de la bondad de Dios, su gracia, perdón, poder sanador, y su amor inamovible (por mencionar solo unos pocos), nos anima a buscar en Su Palabra para escuchar más de Él. Dedicar tiempo a la oración para ser más guiados por Él. Acercarnos más a Él y también a los que ha puesto en nuestras vidas para ser más obedientes a Él. Y como resultado de esa obediencia, probamos y vemos Su bondad una y otra vez en nuestras vidas.

O es que ¿no quieres más de lo que es bueno en tu vida?

PREGUNTAS



3. ¿Qué cosas buenas has recibido del Señor?

4. ¿Qué cambios puedes iniciar hoy para crecer más, para experimentar más la bondad de Dios?

